



El escritor turco Mario Levi, judío sefardí de origen español, en su reciente visita a Madrid. / EFE

Literatura / Publicación

Tras la huella de 'Gabo' y Proust

El escritor Mario Levi recrea en 'Estambul era un cuento' la historia de tres generaciones judías en Turquía y recupera la memoria de un tiempo perdido

J. M. PLAZA / Madrid
Mario Levi nos parece un hombre atípico, casi un personaje. Es judío, pero laico; es turco de nacimiento pero de cultura francesa, hizo su tesis sobre Jacques Brel y luego publicó un libro sobre la vida de este cantautor. Escribe en turco, pero habla además varios idiomas, entre ellos el español e incluso el ladino (el castellano del siglo XV que conservaron los judíos expulsados por los Reyes Católicos). «Quizás, por esta razón los sefardíes entendemos tan bien el *Quijote*, un libro que nos resulta muy cercano».

Ha publicado un total de ocho libros, de los que cinco son novelas, muy distintas entre sí, y lo justifica: «Cada novela tiene su espíritu propio y su destinatario». Si la primera, *Nuestra más hermosa historia de amor*, hablaba de un amor platónico que acaba mal; la segunda es la saga de una familia judía a lo largo del siglo XX, un novelón de 800 apretadas páginas que despegó en la Feria de Fráncfort del 2008 y se está traduciendo a veinte lenguas. Ahora se edita en español con el título *Estambul era un cuento* (Galaxia Gutenberg), obra que le ha traído a Madrid.

Los críticos la han comparado con Proust y con García Márquez. Mario Levi lo agradece y se ruboriza ante la grandeza de esos nombres, pero confiesa que la memoria (como en Proust) y las historias que le contaba su abuela (como le sucedía a Gabo) están muy presentes en su novela, que está construida alrededor de esos dos elementos, al que hay que añadir otro más fundamental: Estambul, la gran ciudad que albergó tres imperios, el lugar en el que transcurre la acción y que es un personaje más de su obra.

«De niño, mi abuela me conta-

ba cuentos y leyendas de la tradición oral, pero lo contaba como si le hubieran sucedido a su familia. Todos aquellos relatos forman parte de mi universo sentimental y cultural, y fueron los que dieron forma a *Estambul era un cuento*», dice Mario Levi, que habla abiertamente del desarrollo del libro. «Cuando empecé no tenía planeado nada. Quería escribir sobre la historia de una familia judía que vive entre los años 20 y 80. Es decir, prácticamente todo el siglo XX. Según buceaba en el pasado, me acordaba de más y más cosas, porque todo es-

tá guardado en la memoria, y así estuve durante siete años, pero podía haber estado toda la vida», argumenta.

Estambul era un cuento es una

«Los judíos sefardíes hablamos ladino y por eso entendemos tan bien el 'Quijote'»

«Las historias que me contaba mi abuela forman parte de mi educación»

gruesa novela casi sin diálogos y sin puntos y aparte por la que transitan 47 personajes y múltiples historias reales o inventadas a lo largo de tres generaciones en paralelo con la historia moderna de Turquía, desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta los difíciles años 80 tras el golpe militar.

Y es, sobre todo, la reconstrucción minuciosa, evocadora, lírica y expresiva de un mundo que ya se ha perdido; de ahí la referencia a Proust, uno de los autores de cabecera de Mario Levi. Los otros son Elias Canetti, también de origen sefardí, Kafka, cuatro hispanos (García Márquez, Cortázar, Eduardo Galeano y Vargas Llosa) y dos franceses más: Albert Camus y Patrick Modiano, cuya sonriente tristeza está muy presente en sus novelas; por ejemplo en *Mis imágenes de Estambul*, que será la próxima novela que se publique en España.

A pesar del éxito de sus libros, el turco Mario Levi no ha podido vivir hasta ahora de la literatura, y ha tenido que trabajar en varios oficios, según dice, «para ganarme el pan»: dio clases de Comunicación, impartió talleres de escritura y tuvo un programa de radio de músicas étnicas. Está casado (por segunda vez) con una mujer a la que le dobla la edad y quizás vuelva a ser padre.



DECADENCIAS

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Robert Byron, viajero

Hay quien dice que hoy ya no se viaja por que eso requiere tiempo y demoras, y que el turismo (todo programado y resuelto) es, en alguna medida, lo contrario al viaje. Los buenos libros de viaje –que no son guías sino literatura– nos ayudan a resolver el dilema. Yo leí por primera vez el nombre del británico Robert Byron (1905-1941) al leer a Bruce Chatwin, que lo consideraba su maestro. Claro que el nombre Byron suena

y a nuestro autor le molestaba un poco que siempre le trajeran a colación a Lord Byron, con quien nada tenía que ver. Robert pertenecía a una familia burguesa que, ello sí, le hizo estudiar en Eton y en Oxford. Es decir, se codeó con la alta clase británica, con la que no tenía (salvo la educación y el amor a los viajes) nada que ver. De hecho fue el único de sus amigos que trabajó para ganarse la vida. Al filo de los 20 años hizo con dos amigos –a los que cambia el nombre en el texto– y en un coche al que apoda Grimsby su primer viaje por la Europa más típica que ha de llevarle al sueño de tantos estudiantes, muchos años, Italia y Grecia. Ese viaje es el que cuenta *Europa en el parabrisas* (que acaba de traducir Confluencias de Almería), su primer libro, editado en 1926. O sea, al ras de sus 21.

El libro me parece delicioso, porque no sólo muestra lo que hay que ver, sino que habla de sus amigos, de la gente, de lo que

pasaba a su alrededor en aquella Europa de los mediados 20, con la inquieta República de Weimar alemana, el fascismo ya en Italia y una Grecia muy revuelta (tras haber perdido una guerra contra los turcos) y el fallido golpe de estado del general Metaxas. No era una Europa «feliz», pero sí lo son los viajeros porque viven y son jóvenes

'Europa en el parabrisas' (1926), relata su periplo por Italia y por Grecia

y se sienten más europeos que la mayoría de los británicos. A Robert le gustó la Grecia bizantina y el Oriente Medio. Por eso suele decirse que sus libros mejores son *The Station* (1928), que habla de la Grecia

rural, anticuada y de la singularidad de los monasterios ortodoxos del monte Athos, donde sólo podían entrar hombres, o *Viaje a Oxiána* (1937), su llegada al mítico río Oxus. En el interin (sin dejar de viajar) ha estado en La India como corresponsal del *Dayly Press* y hasta ha escrito –breve concesión al turismo– una especie de guía de Londres, *Imperial Pilgrimage*, en 1937.

Robert Byron aparece siempre como un tipo encantador, valiente y a la vez delicado, al parecer muy marcado por el extremado amor que profesó a su madre. Adoraba a El Greco, acaso por su trasfondo bizantino. Y su vida oscila (se ve en este libro) entre la curiosidad cultivada y la búsqueda y natural felicidad. Viajaba en un carguero –rumbo a su corresponsalía en El Cairo, un trabajo– cuando, no lejos de Escocia, un torpedo alemán acabó con la vida de quien apenas cumplía los 36 años. Un detalle byroniano, a su pesar...